

Amenazado... de resurrección

Carlos X. Colorado
Newport Beach, California

Dos semanas antes de su martirio, Mons. Óscar A. Romero habría dicho:

He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección: si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor, estoy obligado, por mandato divino, a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá, sí, se convencieran de que perderán su tiempo: un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás¹.

Estas palabras fueron atribuidas a Mons. Romero por José Calderón Salazar. El día siguiente de su asesinato, un periódico mexicano las reprodujo por primera vez. Poco después, se convirtieron en parte de su mitología martirial. El texto es extraordinario. Evidencia una profunda serenidad y un gran aplomo, en un hombre que vivía en el ojo del huracán. Mons. Romero era la personalidad más visible y controvertida de una sociedad que se dirigía descontroladamente hacia la guerra civil. Según el texto, Mons. Romero “perdona y bendice” a sus asesinos y observa con calma que su muerte no representa una amenaza para la Iglesia. Y más dramático aún, predice que sobrevivirá, en el triunfo final de su pueblo sobre la opresión.

1. J. Calderón Salazar, “Entrevista con Mons. Romero”, *Excelsior*, 25 de marzo de 1980.

La cuestión es si Mons. Romero se expresó en realidad en esos términos. Los amigos y colaboradores del arzobispo dudaron, desde el principio, de la autenticidad de la entrevista. Roberto Morozzo della Rocca, un académico italiano, contratado por la Iglesia para elaborar el perfil histórico del santo, es el primero en ventilar en público esas dudas. Alrededor de la beatificación de Mons. Romero, en mayo de 2015, Morozzo pone en duda la veracidad de esas declaraciones, incluso cuestiona que la entrevista haya tenido lugar. En varios libros y artículos, sostiene que la autenticidad de las palabras atribuidas a Mons. Romero depende de la credibilidad del periodista que las publicó. En su opinión, lo más probable es que este las haya inventado para atribuirse “una exclusiva”².

Morozzo señala que Mons. Romero nunca habla de una muerte heroica y que le preocupa el peligro mortal que corre. Las notas de su retiro espiritual, pocos días antes de la entrevista cuestionada, parecen contradecir las declaraciones reproducidas por Calderón. Por otro lado, el tono de las entrevistas que concedió a otros medios en esos días, así como el de sus comentarios privados, es más sereno. Así, pues, las dudas se reducen a una sola frase, en la cual Mons. Romero, supuestamente, predice que si lo matan, resucitará en el pueblo salvadoreño. Según Morozzo, la frase se parece más a las consignas altisonantes de los grupos políticos de la oposición, cuyas proclamas y grafitis exaltaban a sus héroes caídos, incluido Mons. Romero, que al discurso cuaresmal de un hombre profundamente espiritual como él.

Asimismo, Morozzo descubre antecedentes de Calderón que lo llevan a poner en entredicho su credibilidad. En una ocasión, había sido acusado de inventar la reaparición de una figura de la oposición de Guatemala, “desaparecida” por el régimen de ese país. El relato era infundado y Calderón se vio obligado a retractarse³. Más preocupante sería un texto publicado dos años antes de la supuesta entrevista con Mons. Romero, en el cual Calderón denuncia haber recibido amenazas de muerte. Morozzo encuentra similitudes sorprendentes entre las palabras de Calderón de 1978 y las que atribuye a Mons. Romero en 1980.

-
2. R. Morozzo della Rocca, *Primero Dios: vida de monseñor Romero*, pp. 307-310, 342-344, notas 114-126 (Buenos Aires, 2010).
 3. Calderón era guatemalteco.

Texto de Calderón (1978)	Texto atribuido a Mons. Romero (1980)
<p>Dicen que estoy “amenazado de muerte”. Tal vez. Sea ello lo que fuere, estoy tranquilo, porque, si me matan, no me quitarán la vida.</p> <p>Los cristianos no estamos amenazados de muerte. Estamos “amenazados” de resurrección.</p> <p>¿Y qué? Si así fuere, los perdono anticipadamente. Que mi cruz sea una perfecta geometría del amor, desde la que pueda seguir amando, hablando, escribiendo y haciendo sonreír, de vez en cuando, a todos mis hermanos los hombres.</p> <p>Yo no me conmuevo gran cosa, porque desde niño, Alguien sopló a mis oídos una verdad inconmovible que es, al mismo tiempo, una invitación a la eternidad: “No temáis a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden quitar la vida”.</p>	<p>He sido frecuentemente amenazado de muerte... si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño.</p> <p>Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección.</p> <p>Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan... Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro.</p> <p>Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad... un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás.</p>

Desde la perspectiva teológica y eclesiológica, Edgardo Colón-Emeric⁴ también sospecha de la autenticidad de la entrevista. Durante su retiro espiritual, observa este teólogo, Mons. Romero “reflexionó sobre su papel como arzobispo y sobre el temor a que la vanidad personal o las tentaciones ideológicas frustraran su deseo de ‘encontrarme con Jesús y participar de su obediencia al plan salvífico de Dios’”. Por consiguiente, si Mons. Romero hubiera hecho las declaraciones que Calderón le atribuye, habría caído, según Colón-Emeric, en la tentación, que días antes había deseado evitar.

Este autor señala también que el uso descuidado de la expresión “el pueblo”, en la entrevista, ignora la distinción entre el concepto popular y político de pueblo y el concepto teológico de “pueblo de Dios”, cuidadosamente elaborado por Mons. Romero, en sus homilías de cuaresma. Colón-Emeric concluye que la entrevista se distancia tanto del discurso contemporáneo de Mons. Romero, que, “aun cuando fuera auténtica, no representaría su visión teológica”.

Entonces, ¿Calderón la habría inventado?

4. E. Colón-Emeric, *Óscar Romero's Theological Vision: Liberation and the Transfiguration of the Poor*, pp. 261-265, 369, notas 127-139 (Notre Dame, 2018).

José Calderón Salazar (1911–1994) no siempre quiso ser periodista. En su juventud, quiso ser sacerdote. En la década de 1930, “[e]stuve en la escuela apostólica de los padres paulinos en San Salvador, donde me pegó el paludismo”, recuerda el propio Calderón, en la memoria *Todo es gracia*. “Tiempos dichosos. Tiempos inocentes, tiempos del despertar”, rememoró. Sus familiares recuerdan que la mala salud lo obligó a suspender los estudios. Así acabó su sueño de ser sacerdote.

Más tarde, Calderón obtuvo el título de licenciado en letras, en la Universidad Iberoamericana de México. En la década de 1950, cuando dirigió un grupo de guatemaltecos exiliados en México, la CIA lo consideró como “uno de los mejores periodistas de América Latina”⁵. Después del golpe de Estado de Carlos Castillo Armas, en julio de 1954, respaldado por la CIA, Calderón redactó los boletines, las proclamas y los programas del llamado “gobierno de liberación”. Pero al cabo de un año, arremetió contra las “empresas imperialistas estadounidenses”, por explotar las divisiones políticas entre los países y, de esa manera, “sembrar la miseria entre los pueblos del istmo”⁶. En 1955, Calderón es elegido diputado por el Partido Demócrata Cristiano de Guatemala, cuya ideología se caracteriza por las fuertes reivindicaciones sociales, inspiradas en las encíclicas papales.

Silvia Lorena Cáceres Calderón, nieta de Calderón y una destacada artista guatemalteca, recuerda a su abuelo como un hombre identificado siempre con la Iglesia, algo que ella atribuye a su interés primero en el sacerdocio. Así, pues, Calderón se movía en los círculos eclesiásticos y entre sus amistades figuraban los líderes de la Renovación Carismática Católica de Guatemala. Entre los libros que escribió, se encuentran varios títulos religiosos, como *El Vaticano y la II Guerra Mundial* (México, Costa Rica) y *Óscar, compañero* (México, 1985), un poemario en homenaje a Mons. Romero, sobre el cual volveremos en breve. Su obra pone de manifiesto que Calderón fue poeta, escritor, columnista y periodista. Su nieta enfatiza que fue editor de *Nuestro Diario*. Además, es uno de los fundadores de la Cámara Guatemalteca de Periodismo, establecida en 1977. En esa época, como corresponsal de *Excelsior* en Guatemala, presta atención especial a la persecución contra la Iglesia en este país y en El Salvador, y a la opresión de los campesinos. Ese año, Calderón denunció que había recibido amenazas de muerte. En 1978, inspirado en estos hechos, publicó el poema “Amenazado de resurrección”.

5. Véase CIA, “Historical review program release as sanitized”, 16 de junio de 1954. Disponible en https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_0000921849.pdf.

6. S. M. Streeter, *Managing the Counterrevolution: The United States and Guatemala, 1954–1961*, p. 170 (Ohio, 2000).

Si Calderón falsificó la entrevista con Mons. Romero, sus motivos resultan incomprensibles. En realidad, parece poco probable que lo hiciera para llamar la atención, porque, en 1980, a sus 69 años, ya contaba con logros profesionales importantes. No obstante, Morozzo sugiere que no gozaba de buena reputación en Guatemala. Tal vez porque da importancia indebida al reportaje sobre la falsa reaparición de la activista. En la práctica, es un hecho sin demasiada trascendencia en la carrera de cualquier periodista. Si este no dispone de datos verídicos, su reportaje es falso. Calderón, al caer en la cuenta de su error, rectificó. En consecuencia, la opinión de Morozzo sobre la personalidad de Calderón es parcial.

¿Es factible que Calderón se haya apropiado del legado de Mons. Romero para expresar su sentir sobre la experiencia de vivir amenazado de muerte? Su poema de 1978 tiene coincidencias sorprendentes con las palabras que, presuntamente, habría atribuido a Mons. Romero, en marzo de 1980. Sin embargo, esas similitudes admiten otra explicación.

En septiembre de 1979, Calderón mantiene un intercambio epistolar con Mons. Romero hasta ahora desconocido. Aquel escribe primero. Le envía una nota de doble cara del tamaño de una postal.

Guatemala, 19 Sept. 79.

Querido Monseñor Romero: por la bondad del P. Tino llegan a sus manos esos recortes. Espero le sea de consuelo su contenido.

Le ruego me dé la oportunidad de servir a la Iglesia estando en contacto conmigo y comunicándome todo aquello que crea debe difundirse. Quiero SERVIR, es decir, quiero AMAR como Dios se sirva indicarme.

Su hermosa declaración exclusiva para *Excelsior* va allí. Me permití darle un tono periodístico sin maltratar su fondo. Si algo hubo en tal sentido, le ruego perdonarme, pero casi estoy seguro de que no malinterpreté su pensamiento ni su espíritu. ¿Podría hacerme llegar su próxima Pastoral con un poco de anticipación para que se publique una síntesis enviada por mí por cable desde aquí? Ud. vería la forma de hacérmela llegar. Por correo es inútil. En El Salvador interfieren todo lo suyo y en Guatemala todo lo mío. Yo estoy amenazado de muerte, dicen. En realidad —y así lo he dicho— lo estoy, pero de resurrección. Oveja sin pastor, me arrimo a su rebaño. Así estamos aquí los cristianos, sin pastor visible. Acuérdense de mí en sus Eucaristías. Yo pido a Dios poder besar la mano suya algún día y si no, en la vida eterna. Un abrazo fraternal y filial,

[Firma]

La nota es reveladora en tres aspectos. El primero es que, indudablemente, Mons. Romero y Calderón habían estado en contacto. Aquel le había concedido

entrevistas exclusivas. De hecho, la nota contextualiza las palabras de Mons. Romero, en su homilía del 30 de septiembre de 1979: “Quisiera protestar también contra ciertas anomalías del correo. Me consta que el corresponsal de *Excélsior* en Guatemala no lo recibe, a pesar de que se lo mandamos por correo”. Indudablemente, el corresponsal al que se refiere es, nada menos que Calderón. El material enviado y no recibido es la Cuarta carta pastoral, a la cual Calderón hace mención en la nota citada. Además, Mons. Romero agrega: “En *Excélsior*, de México, se ha publicado un resumen. Quiero agradecer al corresponsal de aquel importante periódico”. Si hasta ahora no está del todo claro a qué “corresponsal” se refiere el arzobispo, ahora ya no queda duda alguna.

El segundo aspecto revelador es la admiración que Calderón siente por Mons. Romero y su deseo de ayudarlo en la difusión de su mensaje. En la nota, admite haber introducido modificaciones menores en sus declaraciones, al mismo tiempo que asegura haber procedido con sumo cuidado para respetar la esencia del mensaje.

El tercer aspecto, el más sorprendente, es la libertad con la que Calderón informa a Mons. Romero que está “amenazado de resurrección”. Por tanto, si puso sus palabras en labios de Mons. Romero, no alteró subrepticamente lo que este le dijo en marzo de 1980, ni tampoco lo habría elaborado por completo. Se trata, sencillamente, de una conversación, en la cual los interlocutores comparten sus sentimientos.

La respuesta de Mons. Romero a la nota de Calderón, también desconocida hasta ahora, proporciona pistas adicionales.

San Salvador, 24 de septiembre de 1979.

Sr. José Calderón

Enviado de *Excélsior*

México D. F.

Muy estimado señor José Calderón:

He leído sus artículos que aparecieron en el periódico *Excélsior* de México, los días 17 y 18 del presente; realmente expresan la situación de nuestro país, por lo que me es grato agradecer a usted la publicación de la verdad de lo que pasa, pues como periodista usted se dignifica y se convierte en un medio de comunicación que orienta a los lectores.

Yo, como pastor, agradezco su interés por mis palabras y pido al Señor lo bendiga y le dé siempre el valor para difundir la verdad que muchas veces los medios de comunicación ocultan en nuestro país.

Afectísimo amigo y servidor,

Óscar A. Romero.

Arzobispo.

El agradecimiento que Mons. Romero expresa a Calderón por la fidelidad de sus informes puede interpretarse como una validación indirecta de la controvertida entrevista. Este reconocimiento, por otro lado, pudo haber animado a Calderón a editar con libertad las palabras de Mons. Romero. La carta citada bien pudo darle pie para convertirse en su intérprete y editor ante el mundo. Aunque esto es muy sugerente, no constituye un argumento sólido, ni a favor ni en contra de Calderón. En cualquier caso, la carta confirma la relación existente entre el arzobispo y el periodista, esclarece los motivos de Calderón y esboza una explicación plausible de la entrevista y su contenido.

En septiembre de 1979, mientras Calderón y Mons. Romero se comunican por escrito, este concede una entrevista a la televisión suiza, frente al templo de Aguilares. En ella, el arzobispo medita extensamente sobre su propia muerte, antes de la entrevista publicada por *Excelsior* y puesta en entredicho. Cuando el periodista le preguntó si tenía miedo a que lo asesinaran, respondió: “Pues miedo propiamente, no”.

Es cierto temor prudencial, naturalmente, pero no un miedo que me inhiba, ¿verdad?, que me comprima de trabajar. Al contrario, creo que muchos me dicen que debo de cuidarme un poco, que no ande exponiéndome. Pero yo siento que mientras camine en el cumplimiento de mi deber, que me desplace libremente a ser un pastor de las comunidades, Dios va conmigo, y si algo me sucede, pues estoy dispuesto a todo.

En los últimos días de Mons. Romero, la presencia de la amenaza de muerte es constante. El panorama es dramático y desesperado, tanto para la sociedad salvadoreña como para el arzobispo, ya que el país se precipitaba hacia la guerra civil. En este contexto trágico se vislumbran las actitudes de Mons. Romero ante su propia muerte: el “temor prudencial” y la resistencia valiente.

Así, el 12 de febrero, el corresponsal de *EFE*, el periodista salvadoreño Mauro Espinoza Fernández, le preguntó si no tenía miedo a las consecuencias que podrían tener sus posturas. El arzobispo, con voz serena, respondió: “A mí me pueden matar, pero que quede claro que la voz de la justicia nadie la puede callar ya”⁷.

El 15 de febrero, Mons. Romero comentó a Mario Méndez Rodríguez, de *Prensa Latina*, que “[e]n los momentos difíciles, todos tenemos miedo, el instinto de conservación es muy fuerte”. Por eso, agregó, “le pido a Dios que me ayude a ser lo suficientemente fuerte, porque temo la debilidad de la carne”.

7. En las memorias del periodista y en el diario y la agenda de Mons. Romero, preservada en el Hospital de la Divina Providencia, está registrada la entrevista. Dicha entrevista, a diferencia de la de Calderón, fue publicada en vida del arzobispo sin que nadie cuestionara su veracidad.

El 23 de febrero, cuando se hace público que un grupo de ultraderecha tiene a Mons. Romero en la lista de las personas que deben ser eliminadas, sus colaboradores más cercanos, incluidos Mons. Ricardo Urioste y el P. Rafael Urrutia, insisten, en un memorándum, en que debe limitar sus movimientos. La situación del país es extremadamente grave y su vida corría serio peligro. Sin embargo, Mons. Romero hizo caso omiso de la advertencia y, ese mismo día, visitó una alejada población. Según Roberto Cuéllar, citado en *Piezas para un retrato*, se llevó un buen susto, porque pensó que unos jóvenes que subieron a limpiar el campanario del templo durante la misa, iban a matarlo.

El domingo 24 de febrero, en su homilía, Mons. Romero reveló lo siguiente: “esta semana, me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana”. Y enseguida, agregó la frase que ya había dicho al corresponsal de *EFE*: “Pero que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya”.

Entre el lunes 25 y el viernes 29 de febrero, Mons. Romero hizo Ejercicios espirituales, en una casa de retiros, localizada en las afueras de San Salvador, en los Planes de Renderos. El plan inicial era ir a Guatemala, pero decidió no salir del país. Una de esas noches, el ruido de un carro y unas voces lo despertaron y le hicieron pasar momentos de tensión, pues se puso a pensar sobre la conveniencia de salir de la habitación y correr a esconderse entre los árboles, que rodeaban la casa de retiros⁸.

En los apuntes del retiro, se lee: “Siento miedo a la violencia en mi persona”. Unos días más tarde, escribió: “Me cuesta aceptar una muerte violenta que en estas circunstancias es muy posible”. Si bien en la entrevista de Calderón, Mons. Romero ofrece su sangre por la liberación y la redención del país, en el retiro, esa disposición no aparece con claridad. Más bien, se observa cierta renuencia.

Ni quiero darle una intención como lo quisiera por la paz de mi país; y por el florecimiento de nuestra Iglesia [...] porque el Corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en él está mi vida y mi muerte que, a pesar de mis pecados, en él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria⁹.

El confesor de Mons. Romero, el P. Segundo Azcue, S. J., se refiere a este retiro como el último momento de duda. “Me atrevo a considerar ese último retiro suyo como ‘su oración del huerto’”, escribe el jesuita después del asesinato

8. J. R. Brockman, *Romero: A Life*, p. 244 (Chicago, 1989).

9. Cfr. Conferencia Episcopal de El Salvador, *Beato Monseñor Óscar Romero, pastor y mártir*, parr. 2 (San Salvador, 23 de mayo de 2015).

del arzobispo. “Monseñor Romero previó su muy probable e inminente muerte; sintió terror ante ella, como lo sintió también Jesús en el huerto. Pero no por eso abandonó su puesto y su deber, listo a beber el cáliz que pudiera darle a beber el Padre”.

El domingo 2 de marzo, en su homilía, Mons. Romero comentó: “Ayer [...] un periodista me preguntaba dónde encontraba yo mi inspiración para mi trabajo y mi predicación”. Desgraciadamente, no identificó al periodista, pero dijo que le había respondido de la manera siguiente: “Es bien oportuna su pregunta porque, cabalmente vengo saliendo de mis Ejercicios espirituales”. La introducción a la entrevista de Calderón, publicada en *Excelsior*, afirma que esta tuvo lugar “después de haber asistido a un retiro espiritual”.

En su homilía, Mons. Romero predicó sobre la resurrección del pueblo. Deseaba que “esta cuaresma, celebrada entre sangre y dolor entre nosotros, tiene que ser el presagio de una transfiguración de nuestro pueblo, de una resurrección de nuestra nación”. En este sentido, habló de la vida eterna, que comienza en las causas populares: “no pensemos, hermanos, que nuestros muertos se han apartado de nosotros”. Siguen presentes, porque

su cielo, su recompensa eterna, los perfecciona en el amor, siguen amando las mismas causas por las cuales murieron, lo cual quiere decir que en El Salvador esta fuerza liberadora no solo cuenta con los que van quedando vivos, sino que cuenta con todos aquellos que los han querido matar y que están más presentes que antes en este proceso del pueblo.

Finalmente, anuncia la inmortalidad del pueblo de Dios: “Nosotros, cristianos [...] pertenecemos a la descendencia numerosa como las estrellas del cielo; y como las estrellas del cielo, jamás acabará esa raza de la fe. Los cristianos, nadie los podrá acabar en el mundo”.

Otra posibilidad es que la entrevista de Calderón haya tenido lugar el domingo 9 de marzo. Aunque este la fecha el 24 de marzo, afirma que tuvo lugar “[h]ace quince días”, esto es, el 9 de marzo. Por tanto, se habrían encontrado unos días después de salir de los Ejercicios espirituales.

El martes 11 de marzo, Mons. Romero registró en su diario que “[y]a muy noche, hubo una llamada telefónica de un periódico de México para entrevistarme sobre la situación del país y los criterios de la Iglesia”. Morozzo señala que esta entrevista está recogida en un artículo del periodista Jorge Uribe, publicado en *Excelsior* al día siguiente (“El Salvador vive uno de los peores momentos de su historia: Ó. Romero”). Por tanto, no se trataría de la entrevista de Calderón.

Además, el título del artículo de Uribe parece consistente con la descripción que el arzobispo hace en su diario¹⁰.

El viernes 14 de marzo, Mons. Romero concedió una entrevista a ANSA, en la cual hizo el siguiente comentario sobre la posibilidad de su muerte: “Si la muerte viene, será el momento de morir como Dios ha querido”.

Una semana después, el viernes 21 de marzo, Calderón, según *Óscar, compañero*, se comunicó con Mons. Romero.

—Monseñor, mañana me voy a México.

—Me va a hacer falta su voz.

Ese día, la agenda de Mons. Romero registra el encuentro con un “periodista”, a quien no identifica. De ser cierto lo que Calderón señala, ambos se habrían mantenido en comunicación, ya que Mons. Romero comenta que extrañará sus pláticas. Ese mismo día, Mons. Romero amplía los delegados que, si llegara a faltar, deben designar un sustituto provisional¹¹.

El 22 de marzo, según *Piezas para un retrato*, Mons. Romero le comentó a su amigo Jorge Lara Braud, un pastor evangélico:

Y le digo la verdad, doctor: no quiero morir. Por lo menos, ahora no, no quiero morir ahora. ¡Jamás le he tenido tanto amor a la vida! Se lo digo honradamente: yo no tengo vocación de mártir, no la tengo. Claro que si eso es lo que Dios pide de mí, ni modo. Yo sólo le pido entonces que las circunstancias de mi muerte no dejen ninguna duda de lo que sí es mi vocación: servir a Dios, servir al pueblo.

Según la tesis teológico-psicológica de Damian Zynda¹², para ese entonces, Mons. Romero habría pasado de la incertidumbre y la vacilación, expresadas en los apuntes hechos durante los Ejercicios espirituales, a la certeza respecto al sentido de su fe y su identidad sacerdotal. Desde esta perspectiva, por tanto, las declaraciones recogidas en la entrevista de Calderón no pueden ser descartadas

10. No obstante, es probable que dicha entrevista haya sido realizada por Calderón, quien luego se la habría pasado a Uribe. La afirmación de Morozzo, de que Calderón no tuvo acceso a Mons. Romero, carece de fundamento. La correspondencia de 1979, que desconoce, muestra lo contrario. Asimismo, Morozzo opina que si Calderón hubiera obtenido una entrevista con afirmaciones tan fuertes, la habría publicado de inmediato. Adicionalmente, identifica a varios periodistas que dieron cobertura a El Salvador para *Excelsior*, pero todos están muertos.

11. J. R. Brockman, *Romero*, o. c., pp. 244 y 274, nota 42.

12. D. Zynda, *Archbishop Óscar Romero: A Disciple Who Revealed the Glory of God*, pp. 44-50 (Scranton, 2010). Sin embargo, en conversaciones privadas con el autor, Zynda duda de que Mons. Romero haya dicho “resucitaré en el pueblo”, porque le resulta muy extraño que se haya colocado en primer lugar.

sin más, debido a que, al estar próximas al retiro espiritual, expresan los sentimientos encontrados que suscitaba la posibilidad real de su muerte.

El domingo 23 de marzo, Mons. Romero pronunció su última homilía, la cual, según opinión de muchos, habría sellado su condena. Esa noche, el periodista Víctor Regalado, de *ALAI*, lo contactó para abundar en el contenido de dicha homilía. Aunque no grabó la conversación, ni conservó apuntes, recuerda a un arzobispo abatido o resignado: “antes de despedirme, le pregunté si él mismo se sentía amenazado [y] me respondió, después de lo que recuerdo como un silencio de algunos segundos, que así lo creía”.

Al día siguiente, 24 de marzo, Mons. Romero fue asesinado a las 6:25 p. m., mientras decía misa, en la capilla de un hospital de San Salvador. Calderón relata, en lo que parece ser un ejercicio de licencias poéticas, cómo conoció la noticia: “Lo supe a las tres de la tarde del 24 de marzo de 1980, cuando acababa de nacer la primavera” (*Óscar, compañero*). Obviamente, esto es materialmente imposible. “Cuando lo supe, llovía. Una lluvia nueva, generosa, blanca, que envolvía a los cerros”, pero, según el registro meteorológico, ese día no llovió¹³.

Prescindiendo de los detalles dramáticos, es evidente que si Calderón falsificó la entrevista, debió haberlo hecho en muy poco tiempo. Si asumimos que pudo enterarse del asesinato una hora más tarde, habría dispuesto de cuatro horas y media antes de la medianoche para decidir la falsificación, elaborar el texto y enviarlo al periódico. Todo antes de que los detalles del asesinato y sus consecuencias fueran conocidos.

No obstante, el texto de la entrevista contiene una incoherencia importante. Calderón afirma que Mons. Romero le habría dicho: “Se lo digo sin ninguna *jactancia*”. Pero el arzobispo nunca usó esa voz. No aparece en sus homilías, ni en sus diarios, ni en los artículos y columnas periodísticos, no al menos desde la década de 1940.

Por otro lado, Edgardo Colón-Emeric encuentra problemática la expresión “el pueblo”. Mons. Romero distingue cuidadosamente entre “el pueblo”, entendido en términos políticos, y “el pueblo de Dios”, un concepto teológico y, en sentido estricto, eclesiológico.

Cuando yo, como pastor, me dirijo al *pueblo de Dios*, no pretendo yo ser un maestro de *todo El Salvador*, sino que soy el pobre servidor de *un núcleo que se llama la Iglesia*, la arquidiócesis, los que quieren seguir a Cristo y

13. Posiblemente, Calderón intenta equiparar la muerte de Mons. Romero con la de Cristo: a las tres de la tarde, la lluvia, etc.

que reconocen en el obispo al maestro que, en nombre de Cristo, les habla (Homilía, 23 de marzo de 1980, énfasis añadido).

Por tanto, es difícil pensar que Mons. Romero haya hablado de resucitar en un pueblo diferente a la Iglesia, el único pueblo de la resurrección.

Morozzo coloca la dificultad en el verbo “resucitaré”, porque Mons. Romero nunca lo usa en primera persona. Las diversas iteraciones de la voz “resurrección” refieren, casi exclusivamente, a su significado evangélico y teológico. Esto es particularmente evidente en las homilías cuaresmales, en las cuales habla constantemente de la resurrección de Cristo. Así, por ejemplo, en las doce homilías de 1980, Mons. Romero se refiere a la “resurrección” 97 veces, casi todas ellas, en sentido teológico: resurrección (54), resucitado (18), resucitó (11), resucitar (9), resucita (2), resucitará (1), resuciten (1) y resucitarán (1).

Así, pues, Mons. Romero tiene muy presente la resurrección, en los días en que habría tenido lugar la entrevista. La tercera parte de las referencias se encuentra en las homilías, pronunciadas entre el 24 de febrero y el 2 de marzo de 1980. En estas homilías, Mons. Romero insiste en que el único modo de evitar la inminente guerra civil es seguir a Jesús, en su camino de abnegación, ofreciendo sus dolores a Dios para que los transformara en alegría y vida. El uso que hace de la voz “resurrección” en la homilía del 24 de febrero muestra la sutileza de su pensamiento.

Cristo ha resucitado aquí, en El Salvador, para nosotros; y nuestra historia será *historia de resurrección*, de libertad, de dignidad, en la medida en que nosotros nos dejemos conducir por el Espíritu que conducía a Jesús para buscar, desde la fuerza del Espíritu, nuestra propia idiosincrasia, nuestra propia historia, nuestra propia libertad, nuestra propia dignidad de pueblo salvadoreño (Énfasis añadido).

Más allá de la dimensión política de la realidad salvadoreña, Mons. Romero insiste en que la dimensión espiritual es prioritaria. En consecuencia, “nuestra política” debe ser guiada por “el Espíritu que conducía a Jesús”. En cambio, el texto de la entrevista en disputa revierte el orden de prioridades. La resurrección es producto de un proceso político. No “resucitaremos *en el* pueblo”, sino que “resucitaremos *como pueblo* en nuestra *vivencia del evangelio*”.

Ahora bien, las palabras que Calderón atribuye a Mons. Romero coinciden, en gran medida, con su discurso. Por consiguiente, se puede sostener que el texto de la entrevista no contiene nada a lo cual él no haya hecho referencia de alguna manera. En las homilías de esos días, comentó la idea de que podría volver a vivir en la esperanza de justicia de su pueblo. Desde mediados de febrero, Mons. Romero afirma que matarlo sería inútil, porque “la voz de la justicia nadie la puede callar ya”. Año y medio antes, había dicho: “Mi voz desaparecerá, pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger”

(Homilía, 17 de diciembre de 1978). Incluso la idea de una vida eterna cuyas raíces se encuentran en las causas populares la había adelantado en la homilía del 2 de marzo, cuando dijo: *“nuestros muertos... están más presentes que antes en este proceso del pueblo”*.

También habla del sentido salvífico del pueblo, pues incluso llega a decir, el 8 de julio de 1979: “el pueblo es mi profeta”. Es cierto que Mons. Romero se refiere al “pueblo” de los bautizados, pero la distinción no era necesariamente obvia para su audiencia, que no profundizaba en el sentido teológico de sus palabras. Mons. Romero habló varias veces de la resurrección del pueblo o con el pueblo. El 19 de marzo de 1978, afirmó que Jesús “no ha pasado solo el túnel doloroso de la tortura y de la muerte, con Él va pasando todo un pueblo y resucitaremos con Él”.

Muchas veces, advirtió que la persecución no destruiría a la Iglesia o al pueblo de Dios. Lo dijo el 2 de marzo, así como lo había dicho desde el principio de su ministerio arzobispal: “El que mata a sacerdotes, el que expulsa a sacerdotes, el que tortura a catequistas, está dando coces contra el aguijón. La Iglesia no se mueve [...] la Iglesia permanece para siempre” (Homilía, 11 de septiembre de 1977).

Estos textos evidencian que las afirmaciones que aparecen en la entrevista de Calderón se encuentran también en el discurso de Mons. Romero. Lo cuestionable sería, entonces, el uso de ciertas palabras y su sentido preciso. A veces, es cuestión de matices. Además, cabe destacar que su actitud ante su posible muerte no es estática, sino que evoluciona, según las circunstancias.

De acuerdo con estos datos y consideraciones, algunos conocidos desde hace tiempo, otros recién descubiertos, me aventuro a proponer la siguiente explicación de la entrevista. En primer lugar, es muy probable que Mons. Romero y Calderón hayan hablado por teléfono. Los datos muestran de manera incontrovertible la existencia de al menos una conversación anterior a dicha entrevista y existe evidencia circunstancial de otras. La conversación telefónica en cuestión puede no haber sido una entrevista formal, sino una conversación, en la cual hablaron de cuestiones personales, incluida la situación de Calderón y la necesidad de exiliarse en México. Esto explicaría la inexistencia de notas y que aquel no haya publicado la “entrevista” inmediatamente.

En segundo lugar, es probable que Calderón haya conversado con Mons. Romero sobre su formulación “estar amenazado de resurrección”. Ciertamente, lo hizo en la correspondencia de septiembre de 1979. Es posible que, en un contexto informal, Mons. Romero haya asumido, activa o pasivamente, ciertas afirmaciones de Calderón. Pudo haberlas repetido o reelaborado. En cualquier caso, lo menos que se puede afirmar es que los comentarios que aparecen en el texto de la entrevista son una interpretación de Mons. Romero de las amenazas de muerte que había recibido, alimentados por las reflexiones del propio Calderón sobre la manera cristiana de enfrentar dichas amenazas.

En tercer lugar, es evidente que Calderón se equivoca en algunos detalles. Es imposible que haya podido reproducir con exactitud las palabras de Mons. Romero. Al reconstruirlas, pudo confundir, inadvertidamente, sus cuidadosas formulaciones, en concreto, los usos de “la resurrección” y “el pueblo”. Además, dada la gran admiración que le profesaba y que se trataba de unas declaraciones que podía presentar como su mensaje final, pudo haberse dejado llevar por la elocuencia. Algo similar a lo que hizo en 1979. En esa entrevista, intentó “darle un tono periodístico” a las palabras de Mons. Romero. De esa manera, pudo haber introducido voces tan cuestionables como “jactancia”.

En definitiva, lo más probable es que Mons. Romero haya dado la entrevista y que haya dicho, más o menos, lo que Calderón recogió en el texto publicado, con algunas alteraciones menores, que destacan el adiós de un héroe que se retira del escenario del mundo. De todas las expresiones, la que pudo haber sido malentendida o mal recordada por el periodista es “resucitaré en el pueblo”.

Entre los seguidores de Mons. Romero, en la página de Facebook de “Cultura romeriana”, una organización laica con sede en San Salvador, encontré opiniones interesantes sobre la cuestionada entrevista: el 41 por ciento está convencido de que Mons. Romero hizo tales declaraciones; otro 27 por ciento piensa que si no las hizo con las palabras citadas, habría dicho algo muy parecido; y el 25 por ciento piensa que esas palabras no son del arzobispo. El 5 por ciento no lo sabía o no tenía opinión. Sin embargo, mi respuesta favorita es la siguiente: “Si Romero lo hubiera dicho, habría sido muy profético. ¡Por tanto, debe haberlo dicho!”.